



YO SOBREVIV





IVÍ

Salir de una tragedia en la que había pocas chances de sobrevivir divide la vida en un antes y un después. Aquí, sobrevivientes del accidente del avión de Lapa, del atentado a la Amia, de la avalancha de la Puerta 12 en River y del sangriento motín de Sierra Chica cuentan su experiencia y su vida después.



“Yo no me acuerdo de nada ni sufrí mucho... es que fui el muerto de esta historia”. Juan Carlos Alomo estaba inconsciente entre los cadáveres, en la cancha de River, pero lo dieron por “fallecido”.

POR PABLO WILLY GALFRÉ
FOTOS PATRICIO PIDAL

En la película *El Protegido* –“El irrompible” es la traducción literal del nombre original, *Unbreakable*–, Samuel Lee Jackson es un villano que provoca grandes accidentes en todos los Estados Unidos, con el objetivo de encontrar a un ser humano que sea el irrompible del título. Así, después de atentar contra trenes, aviones y edificios, nota con que el personaje de Bruce Willis fue el único sobreviviente del descarrilamiento de un tren. Irrompible, protegido –por algo, por alguien– o elegido por el azar, todo aquel que sobrevive a una tragedia de las que es casi imposible salir con vida empieza a ser otro. Aunque siga su vida normal, aunque nunca se pregunte “por qué yo”.

No fue esa noche del 31 de agosto de 1999 cuando Marisa Beiró se hizo la pregunta, sino un tiempo después. Esa noche, Marisa y sus siete amigas subieron últimas al vuelo LAPA 3142 de las 20:36. Todas ellas, hermosas mujeres de no más de treinta años, que venían de un seminario de moda y maquillaje, se sentaron en las filas 3 y 4. Marisa, la única habituada a los aviones, convivió con chicles a sus compañeras y se sorprendió de que en el respaldo de adelante no estuviera el típico folleto que informa sobre las salidas de emergencia y demás medidas preventivas. Alzó la vista y comprobó que la puerta de la cabina estaba abierta. Se veían cientos de botones y palanquitas. De pronto recordó la imagen de esa azafata que cuatro años atrás había salido despedida por la puerta de un avión en pleno vuelo. Quiso recordar también el nombre de esa chica, pero no pudo.

Cuando el comandante anunció que había llegado la hora del despegue, Marisa advirtió que ninguna de las azafatas había cumplido la rutina de explicar por dónde salir en caso de accidente. Miró a su amiga de toda la vida, Jaqueline Rico, se persignó varias veces y observó por la ventanilla: otros aviones, hangares, autos, río, restaurantes y la Avenida Costanera se fundieron en una sola imagen. El avión intentó elevarse durante algunos segundos, pero poco después fue de trompa contra el piso y comenzó a rebotar y a zarandearse violentamente. Marisa sintió cómo su cuerpo vibraba y se apretujaba entre el respaldo y el asiento de adelante. Optó por colocar su cabeza entre las rodillas, rezar en voz baja y esperar. Un silencio eterno y un calor abrumador se habían apoderado del avión. “¿Por qué nadie grita? –se preguntó–. ¿Por qué me escucho sólo a mí misma gritar?” El cinturón era una brasa ardiente, una trampa imposible de arrancar. La falta de aire y el ardor en el cuerpo le indicaron que la muerte

se aproximaba. Empezó a preocuparse por quién iba cuidar a sus tres hijos pequeños. De repente, sintió que algo suave (así lo recuerda, nunca supo qué era) se deslizaba entre sus caderas y el cinturón se desprendía de la hebilla. Marisa estaba libre. Frente a sus ojos, unos puntos blancos e imprecisos le marcaban cuál era el camino para escabullirse del avión.

Marcelo Morano, un empleado de la Asociación Argentina de Golf que segundos antes estaba ordenando papeles en una oficina, atónito presenciaba cómo en el green 4 algo que apenas parecía un avión se deshacía entre llamas voraces. Entre la chatarra calcinada, los gritos y las explosiones se deslizó una mujer hermosa. Tenía ojos negros y delineados, pantalón ceñido al cuerpo y botas altas. Gritaba llamando a sus hijos.

Los puntos blancos de los que Marisa seguía el rastro difuso eran pelotitas de golf. Marcelo la vio sobre una de las lomas del campo de juego. Le tendió la mano y la ayudó a bajar. Su ropa se hacía jirones y ella gritaba que no la tocaran. Su cuerpo hervía. Marcelo y otros voluntarios la llevaron hasta un banco y la taparon con una sábana. Marisa alzó la cabeza y vio el avión en llamas. Mientras tanto, otros voluntarios sacaban, inconsciente, de adentro del avión a Benjamín Buteler. Él y Marisa fueron los dos únicos pasajeros de las filas 1 a 15 que sobrevivieron al accidente aéreo.

Marisa, sentada en el banco, con el 65% de su cuerpo quemado, aún no se preguntaba por qué había sobrevivido, por qué ella, teniendo las mismas chances de vivir o morir que el resto de los pasajeros de la parte delantera del avión.

Un enfermero la subió a una ambulancia. Le preguntó, al oído, si sabía rezar y ella contestó que sí, que era muy creyente. “Entonces rezá, por favor, hasta que lleguemos al hospital”, le rogó, dejándole un rosario entre las sábanas.

Lo extraño de esta historia es que Marisa no se sentía del todo mal. Sí le ardía el cuerpo y lo percibía más bien paralizado. Cuando por sobre su cabeza vio que varios médicos la examinaban con cara de espanto se preocupó y les preguntó si se iba a salvar. Vamos a hacer todo lo posible, fue la respuesta. Recién entonces comprendió la realidad que estaba viviendo, que se decidía entre la vida y la muerte. La anestesia la durmió y entró al quirófano por primera vez.

Después por 45 operaciones más, 30 días sin levantarse de la cama, semanas en terapia intensiva, injertos de piel, la amputación de dos dedos de los pies, la muerte de su padre, que no resistió tanta tristeza, y un largo proceso de rehabilitación.

Recién a los 88 días de internación Marisa pudo ver a uno de sus hijos. Era el mayor, Maximiliano, de entonces nueve años, quien la



PUERTA 12. La salida cerrada, en la cancha de River, fue la tumba para 71 personas que estaban en la popular visitante.



esperaba en una habitación que las enfermeras habían preparado para la ocasión.

Marisa lo abrazó, y luego le preguntó si la veía rara a mamá, si le parecía una momia con tanto vendaje. Maxi le apoyó en la falda un muñequito del Hombre Araña y le dijo que sí, que algo rara estaba, pero que igual sabía que seguía siendo su mami. Marisa no lloró: decidió que todo lo que había vivido hasta entonces era insignificante a cambio de poder seguir disfrutando del amor de sus tres hijos.

Esa misma noche tuvo un sueño que sintió revelador: ella estaba en medio de un círculo fosforescente que se cerraba sobre ella. Tenía un plazo para salir de ahí antes que todo se incendiara. Si bien se despertó sobresaltada y con mucho miedo, se sintió un poco aliviada cuando pudo descifrar ese sueño: ella había sobrevivido –interpretó– para ser la voz de los que no estaban. Por eso viaja –en avión– a Buenos Aires todas las semanas, para presenciar el juicio que se le sigue a las autoridades de LAPA y de la Fuerza Aérea, o para ser entrevistada por cuanto medio se lo pida.

Cuando le dieron el alta después de la última operación, en abril de 2000, Marisa Beiró seguía tan linda como siempre, a pesar de algunas cicatrices. Mientras se sometía a un proceso de rehabilitación en el que tuvo que aprender a conocer su nuevo cuerpo –antes no podía estar parada más de cinco minutos, ahora se cansa

recién después de dos horas–, se enamoró, se volvió a casar y tuvo dos hijos más.

Puerta 12, muerto número 19

El 23 de junio de 1968 Juan Carlos Alomo estacionó su Citroën 2 CV frente al chalet de los padres de su flamante esposa, María Cecilia López, en Avenida del Libertador e Iberá. La besó en la panza –estaba embarazada de dos meses– y dijo que después del partido volvía a tomar unos mates. Lo esperarían con masitas secas.

Juan Carlos caminó las tres cuadras que lo separaban del estadio de River Plate, subió saltando escalones hasta las gradas de la popular y, boina en mano, empezó a alentar al cuadro de sus amores, Boca Juniors.

El clásico fue un aburrido cero a cero. Además, el clima ya era irrespirable en las tribunas: faltaba el aire y había muchas avalanchas. Cuando sonó el pitazo final Juan Carlos se fue raudamente hacia la salida.

Ya en las escaleras, gracias a su metro ochenta de estatura pudo espiar el panorama por sobre las cabezas de los hinchas que tenía delante. Escuchó algunos gritos, insultos y quejas, pero no entendió qué pasaba. Sintió un empujón muy fuerte a sus espaldas, pidió a la gente que se tranquilizara –“más vale tarde pero bien que rápido pero mal”–; después nada más. Perdió el conocimiento y se transformó en el protagonista inerte de esta historia.





MOTÍN. Ocho días duró el levantamiento en Sierra Chica. El Indio (ab.) fue uno de los rehenes.

Nunca se supo la verdad de lo que pasó aquel día en la Puerta 12 de la cancha de River. Algunos testigos y sobrevivientes – también la dirigencia de River y la AFA– dicen que las puertas estaban abiertas, los molinetes retirados y que la avalancha y las muertes se debían simplemente a que los hinchas de Boca salieron todos juntos y a los apurones. Otros sostienen lo contrario: que las puertas estaban cerradas, los molinetes colocados, que la policía reprimió y que esa alquimia provocó la menesunda, con 71 muertos y 58 heridos.

Juan Carlos estaba inconsciente y no escuchó lo que describen otros sobrevivientes, los gritos de los que pedían auxilio en ese túnel oscuro. Nueve de cada diez muertos fueron jóvenes de entre 14 y 21 años. Los cuerpos rebotaban contra los escalones. Las caras, estrujadas contra el piso, como si en cámara lenta un boxeador les estuviese dando el golpe de gracia.

La policía y los hinchas empezaron a recoger los cuerpos –vivos o muertos– y a apilarlos sobre la avenida Figueroa Alcorta. En un improvisado operativo, un médico se agachaba y les tomaba el pulso. Si estaban vivos decía "está vivo" y otros

médicos se ocupaban de atenderlos. Si en cambio estaban muertos, decía "fallecido" y entonces un cabo desnudaba el cadáver y pintaba un número. A Juan Carlos le pintaron el 19.

Cuando María Cecilia llegó al estadio, su marido ya no estaba. Los cuerpos habían sido apilados en camiones ordinarios y depositados en la Comisaría 33, en la Morgue Judicial o en el Hospital Pirovano. Entre cuatro o cinco amigos organizaron la búsqueda del desaparecido. Juan Carlos no recuerda si el líder de la pandilla fue el ruso Pomeraniec o el vasco Oros. En uno de esos peregrinajes por los hospitales porteños, uno de sus compadres no se dio cuenta de que estuvo frente a su amigo inconsciente. Se inclinó sobre él, lo miró y le dijo a la enfermera del Pirovano que ese de ahí no era su amigo. Es que estaba irreconocible: sus oídos habían explotado, su cuerpo estaba amoratado y los ojos –hinchados y fuera de las órbitas– eran de color morcilla.

Cuando el amigo abandonó la fila de fallecidos una monja pequeña y decidida se quedó mirando el cuerpo. Algo le llamaba la atención. Era distinto al resto. Se agachó, le puso la mano en el pecho, le tomó el pulso y saltó. Le gritó al médico más próximo: "¡Ese muerto está vivo!" Sin perder tiempo, el hombre le hizo una traqueotomía de emergencia sin anestesia y el muerto número 19 –el pescado, según la quiniela– volvió a nadar en las aguas de los vivos.

A las cuatro de la madrugada José María Muñoz informaba por *La Oral Deportiva* que en el Hospital Pirovano aún había un NN. La pandilla de amigos se dio una última chance. Esta vez el policía de guardia no los dejó pasar. El ruso Pomeraniec –o el vasco Oros– tramaron un plan para sortear a la autoridad: disfrazarse de médicos y entrar. El que logró ubicarlo, llamó por teléfono a su señora y le dijo: "Lo encontramos. Está mal, pero vivo".

Cuando su mujer lo vio tendido en la camilla del hospital apenas reconoció a su marido. Sus cachetes estaban tan hinchados que parecía Louis Armstrong tocando la trompeta, su caja torácica estaba tan hundida que la camiseta se traslucía en las costillas y esternón. Un médico le dijo que el hombre se había salvado de milagro, que seguramente había soportado toneladas de cuerpos humanos sobre él.

Tres días después, Juan Carlos se despertó en el Hospital Pirovano y apoyó la mejilla en la panza de embarazada de su mujer. La barra de amigos rodeó el lecho del sobreviviente con banderas y cartas de truco.

Al mes siguiente le dieron el alta –antes, la AFA, River y Boca le hicieron firmar un escrito que los eximía de culpa y cargo a cambio de 100 dólares– y volvió a subir a su Ford Falcon blanco marfil para recorrer la provincia como viajante de comercio. Enfiló hacia el sur. Cuando paró en



el primer pueblo de su destino, y entró al negocio de un cliente regular, el dueño, detrás del mostrador, se acomodó los anteojos para ver bien y preguntó: "¿Pero usted no había muerto?".

Esta es la historia que Juan Carlos Alomo le contó primero a sus tres hijos y después a sus nietos, una historia que –como él dice– es muy dura pero más que para él, para sus familiares y amigos. "Yo no me acuerdo nada ni sufrí mucho, si fui el muerto de esta historia", razona y agrega que tampoco se preguntó mucho por qué sobrevivió ese día de tanta muerte. "Habrá sido que tengo una caja torácica muy resistente: siempre hice mucho deporte", concluye este hombre que a pesar de lo que vivió, hasta hace pocos años no dejó de ir todos los domingos a ver a Boca. Eso sí, sentadito plácidamente en la platea local.

Bajo los escombros

A las 7:15 del 18 de julio de 1994 Martín Cano entró al edificio de la AMIA y marcó tarjeta. Se puso el traje de mozo, ajustándose un incómodo moño en el cuello; en realidad, trabajaba en maestranza, pero ese día tenía que reemplazar a un compañero en el bar. Pasadas las ocho saludó a Jacobo *Cachito* Chemauel, y recorrió todos los pisos arrastrando el carrito con un kit de desayuno para cada oficina. A las 9:50 volvió al subsuelo, dejó el carrito junto a la pileta de la cocina y empezó a llenarla de trastos sucios.

A las 9:53 sintió una explosión. Primero su cuerpo se elevó en el aire, sus brazos y sus piernas se extendieron hacia adelante, e inmediata y violentamente fue despedido hacia atrás. Y otra vez hacia adelante. Sus pies pegaron –y se quebraron– contra la pared de la cocina. Todo –las paredes, los azulejos, el techo, la mesada, el calefón, los estantes, la vajilla sucia, los cubiertos, las servilletas– se desmoronó encima de Martín.

Parte de su cuerpo quedó bajo miles de rocas. De la panza hacia arriba estaba libre, salvo su brazo izquierdo. El resto del cuerpo estaba completamente cubierto por los escombros. En sus oídos, un chirrido agudo y punzante. En su boca, gritos de dolor, pedidos de auxilio. Unos metros más allá, también tapado de escombros, *Cachito* conjeturaba que habría volado el calefón y le recomendaba que pensara en su familia, para calmarse.

Pero pasaban las horas y Martín seguía envuelto en la oscuridad y el silencio. Ni una señal que indicara que lo estuviesen yendo a rescatar. Súbitamente sintió un ruido. Agudizó sus oídos para comprender qué era. Ese sonido cristalino que descendía hacia él no podían ser los rescatistas. Cuando recibió una oleada húmeda y helada Martín se dio cuenta de que era agua. Apenas tuvo tiempo para alarmarse. En sólo tres minutos el agua ya había cubierto todo su cuerpo. Gritó hasta que el agua tapó su boca y



sus fosas nasales y decidió despedirse de este mundo. Mientras escupía por boca y nariz –mientras se ahogaba–, el agua, así como llegó, también se fue. "Si nos salvamos de esta es que no nos morimos nunca más", gritó Martín. *Cachito* no respondió.

Varias horas después escuchó un toc toc al que respondió con todas sus fuerzas: "¡Aquí! ¡Estamos aquí!" "¿Cuántos hay?", preguntaron los bomberos. "¡Tres, somos tres!", respondió Martín incluyendo a Bubi, otro compañero que sabía que estaba con ellos cuando fue la explosión. Le dijeron que agarrara una piedra y golpeará contra la pared para indicar dónde estaban.

Dos horas después se abrió una rendija a través de la cual se filtraba un halo de luz y la cara sonriente y mugrienta de un bombero, que le alcanzó una pastilla –que lo adormeció– y una linterna. Los bomberos se fueron, prometiendo que en un rato volverían. Había una pared que podía desplomarse y matarlos a todos.

Martín estaba agotado, su cuerpo era un amasijo de dolor. Pero más le preocupaba lo que no sentía: sus pies. Un tiempo después los bomberos habían vuelto. Dos horas necesitaron para ensanchar la grieta. El panorama era complicado. Martín los veía murmurar. Los bomberos estaban planificando amputarle una de las piernas, que veían imposible de sacar. Pero al final decidieron empezar un trabajo de hormiga. Sacaban piedra por piedra con suma precisión, rezaban para no desatar un efecto dominó, que al mover una de las piezas no se fuera todo al carajo.

Los rescatistas no podían comprender cómo una viga milagrosa sostenía la mesada de granito y toneladas de escombros que deberían haber matado a Martín. Los creyentes dicen que Dios está en todas partes, que puede ser una flor, un



SUBSUELO. Martín Cano estuvo horas sepultado bajo los escombros de la AMIA, junto a dos compañeros de trabajo.

“ Marisa tuvo un sueño revelador. Se sintió aliviada cuando pudo descifrarlo: había sobrevivido –interpretó– para ser la voz de los que no estaban. Por eso viaja todas las semanas para presenciar el juicio.



SIN EXPLICACIONES. Alomo, Martínez Gómez y Cano no buscan un porqué.

perro o un suspiro. Ese día Dios era una viga.

Otras dos horas necesitaron los bomberos para extraer a Martín de la montaña de escombros. Le pusieron un respirador artificial, un cuello ortopédico, lo pincharon con un calmante y lo cargaron sobre una camilla. Martín no lo recuerda porque ya estaba dormido, pero supo después que todos los que estaban ahí, sobre las ruinas de la AMIA, a las diez de esa noche triste apuntaron sus cascos al cielo y gritaron: "¡Vamos Martín! ¡Fuerza, carajo!"

Cachito fue rescatado 24 horas después pero falleció en el hospital. Junto a Bubi, integran la lista de los 85 muertos que causó el atentado.

Después de estar durante una semana en terapia intensiva, Martín recibió la visita de su mujer y su hijo de dos meses, Danielito. Al sentir el cuerpo del bebé sobre su pecho desnudo, lloró desconsoladamente y se sintió un poco mejor.

Durante el mes que vivió sobre la cama del Hospital de Clínicas una pesadilla lo sobresaltó todas las noches: un ruido ensordecedor y oscuro lo envolvía y lo aturdió, él gritaba con todas sus fuerzas para que salvaran a sus amigos pero nadie lo escuchaba. "Siempre digo que me tendría que haber muerto por el atentado o la inundación. Supongo que no era mi día, quizás fue el destino, o sobreviví Dios mediante, digo yo. Aparentemente no era mi hora", recapacita él sobre una pregunta que no tiene respuestas, sentado en una sala de estar de la AMIA, donde nunca dudó en volver a trabajar.

Luego de un año y medio de rehabilitación volvió a usar sus piernas. Pese a algunas limitaciones –no puede correr o jugar al fútbol– y dolores ocasionales, funcionan a la perfección para entretenerse con Danielito y los otros cuatro hijos que tuvo en estos 15 años.

La venganza en Sierra Chica

30 de marzo de 1996. Sábado de Semana Santa. Horas antes, en el penal de máxima seguridad de Sierra Chica, Olavarría, provincia de Buenos Aires, varios presos habían fracasado en un intento de fuga y habían comenzado un motín. Diez guardiacárceles y tres voluntarios, Testigos de Jehová, fueron tomados como rehenes. Los rebeldes, que ya habían sido bautizados por la prensa como Los 12 Apóstoles de la Muerte, tenían además un revólver, muchas ganas de largarse de ahí y nada que perder.

Jorge Palacio, director de la cárcel, y Juan Orlando *El Indio* Martínez Gómez, jefe de Seguridad Interna, estaban negociando la rendición con dos de los cabecillas, Jorge *El Karateka* Pedraza y el paraguayo Miguá. Una reja era el límite entre la ley y los amotinados. Con ellos también estaba Popó Brandán, quien a diferencia de sus cómplices estaba completamente dopado con psicofármacos. Martínez

Gómez vio cómo sin previo aviso, frente a sus ojos pasaba la mano de Brandan empuñando una pistola que se posaba sobre la sien de su jefe. Sonó un disparo. Pero Palacio se había agachado y, oculto detrás de una pared, eludió ese fogueo y dos más. El Indio estaba entre otra pared y Brandán, un callejón sin salida. "Ponele la pistola en la cabeza que a este lo metemos para adentro", ordenó Pedraza. El Indio rogaba que a Brandán no se le escapara un tiro. El temido y respetado jefe de Seguridad Interna de Sierra Chica ahora era un rehén. Con un cinturón, le ataron las manos a la espalda y lo tiraron en Sanidad con los otros rehenes. Todos estaban pálidos y cabizbajos. Al día siguiente Pedraza decidió encerrarlo solo en la sala de Enfermería. Quería destruirlo moralmente, y con él a su tropa. Lo encapucharon con un gorro de lana calzado hasta el cuello y lo tiraron sobre las frías lozas blancas de la habitación. Sintiendo el roce de una faca oxidada en el cuello y un silencio sepulcral e incómodo, el *Indio* Martínez Gómez pensó que para él todo había terminado. La oscuridad de la capucha se transformó una pantalla de cine deslavada: su infancia en el desierto de San Juan, la llegada a la gran ciudad y el alistamiento en la fuerza, la boda con el amor de su vida y el nacimiento de sus tres hijas. Por último, el cumpleaños de la mayor y esa porción de torta que no había terminado de comer cuando lo llamaron para anunciarle que había un motín en el penal. La puta madre, pensaba, qué ganas de comer esa porción de chocotorta. Un portazo lo hizo comprender que por ahora seguiría viviendo.

Durante las 36 horas que "el Jefe" estuvo aislado Los Apóstoles habían tomado también como rehenes a la jueza en lo Criminal de Azul, María Malere, a su secretario y al doctor Suart, médico del penal. Cuando fueron a darle una ración de comida, el Indio dijo basta, que volvía con los suyos. La respuesta fue la mano de Popó Brandan empuñando el arma gatillada sobre su cabeza. "Hacé lo que quieras, pero yo a la enfermería no entro más", dijo, y finalmente lo dejaron pasar.

El lunes sucedió la masacre por la que el motín de Sierra Chica pasó a la historia. Los 12 Apóstoles y el 95% de los presos se la tenían jurada a un reo conocido como Agapo Lencinas, que junto a sus cómplices eran "buchones" del Servicio Penitenciario y *arruinaguachos*: violaban y usaban de sirvientas a los recién llegados, a los débiles y a los indefensos. El panorama era ideal para la venganza. A Lencinas y sus compañeros los torturaron, los mataron a balazos y facazos; después los cremaron en el horno de hacer panes y pizzas y, según la leyenda, a dos de ellos los hicieron empanadas.

Fueron ocho los días que el Indio y los suyos



permanecieron de rehenes del motín. Uno de los momentos más críticos fue cuando, tras la ejecución de Lencinas y el caos generalizado, las autoridades pensaron que había un nuevo intento de fuga y decidieron recuperar el penal. Como respuesta los Apóstoles decidieron subir a todos los rehenes a la terraza del presidio y exponerlos ante las autoridades y la prensa. "¡Si entran los tiramos al vacío!", gritaban mientras amenazaban con las facas. Finalmente los oficiales del Servicio Penitenciario dieron marcha atrás y los rehenes fueron devueltos a Sanidad. Pero todavía faltaba la noche más larga.

Corría el rumor de que un grupo de elite entraría a sangre y fuego para liberarlos. Un reo, conocido como *El Zurdo Sánchez*, entró y ató a todos de pies y manos. A Martínez Gómez le susurró al oído: "Si entran, ustedes se mueren". El Indio presumía que le había llegado la hora, sabía que era el primer candidato a ser degollado. A lo sumo, le tocaría después de la jueza Malere. La noche pasó en una vigilia insostenible, pero nada sucedió.

Al atardecer del día siguiente Martínez Gómez intuía que algo no andaba bien. Gracias a un preso fiel logró informarse de la situación: los cabecillas estaban desesperados porque ningún plan de escape estaba funcionando. "Jefe, se rumorea que esta noche van a matar a un rehén para demostrar que están hablando en serio. Y

que seguirán matándolos hasta que se les permita fugarse", filtró el confidente mientras les daba facas a él y a otro oficial. Esa noche de viernes Martínez Gómez la recuerda como la más tensa de todas. Parapetado en Sanidad, escuchaba a presos que pedían entrar y matarlos a todos por venganza. Al día siguiente en Sierra Chica el clima ya era irrespirable. El resto de los presos se estaba por amotinar contra Los 12 Apóstoles. Pero el *Karateca* Pedraza dio por terminado el motín.

Luego de una revisión médica en el casino de suboficiales, Martínez Gómez caminó las dos cuadras que lo separaban de su casa. Estaba preocupado por la salud psíquica de sus subordinados. La mayoría pediría la baja psiquiátrica.

Abrió la puerta y se dio un fuerte abrazo con sus tres hijas y su esposa. En la ducha, empezó a tomar conciencia de lo cerca que había estado de morir. Comió el pedazo de torta que lo había estado esperando.

"Aunque ya esté retirado del servicio, y quizá no vea nunca más un preso en toda mi vida, sí los veo todas las noches en mis pesadillas, donde ellos me corren o camino por las paredes", dice este hombre que, si bien pidió la baja, sigue ligado al Servicio Penitenciario dando clases a los cadetes. "Son traumas que no se curan jamás y te persiguen durante toda la vida". ♦



LAPA. De todas las personas sentadas entre las filas 1 y 15 del avión, Marisa fue una de las dos que sobrevivieron.